



Pregón 2012

Pregon 2012

Oscar Parada Maroto

Junta de Gobierno de la Muy Ilustre, Fervorosa y Antigua Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús del Perdón y María Santísima de la Esperanza. Autoridades municipales, sacerdotes, hermanos cofrades, señoras y señores. Muy buenas noches.

Mis primeras palabras han de ser de agradecimiento. De agradecimiento sincero a D. Rafael Ángel Huéscar que, en nombre de la Junta de Gobierno, me encomendó hace unos meses esta hermosa tarea que me ha robado a partes iguales minutos de sueño y de paseos vespertinos. Porque ciertamente no resulta fácil enfrentarse a pregonar las fiestas patronales de Nuestro Padre Jesús del Perdón cuando se tiene clara conciencia de la profunda devoción que a Él le profesamos todos los manzanareños y de la maestría con que a Él se han dirigido todos los que me han precedido en esta tribuna. Les puedo asegurar que nunca unos minutos robados los he asumido con más entrega e ilusión.

Gracias igualmente a D^a María Jesús Ruiz Fuensanta, pregonera del año 2011, que ha trazado un generoso perfil de mis obligaciones y mis devociones. Confío en poder recoger dignamente el testigo que hoy me cedes.

Paralelamente a la devoción a Nuestro Padre Jesús del Perdón se ha transmitido también en mi familia un grabado con su imagen que data de 1805. Lógicamente sin fajín, pues le llegaría cuatro años después, y despojado aún de su título de Patrón de Manzanares, pero con la misma majestuosidad que nos hace rendirnos hoy ante Él, más de dos siglos después. Sin marco y sin cristal no puedo vencer la tentación de cogerlo una y otra vez, de pasear las yemas de mis dedos entre el rosario de minúsculos agujeritos que han sido cuidadosamente disimulados pero que siguen ahí revelando el paso de la estampa de generación en generación.

Y es que, a pesar de ser muchas las ideas que quiero plasmar en el papel, a menudo se vuelven escurridizas y debo volver a observar el grabado buscando su ayuda para retenerlas en la punta del lápiz.

Les propongo que me acompañen en mi particular recorrido por la venerada imagen de Nuestro Padre Jesús del Perdón. Les invito a imaginarse postrados un viernes cualquiera en uno de los últimos bancos de la ermita o a situarse bajo alguno de los blanqueados arcos de la plaza en un 14 de Septiembre esperando

expectantes Su llegada. O bien en un Viernes Santo de madrugada apostados contra cualquier fachada de la calle de las monjas. Les sugiero que, junto conmigo, se tomen su tiempo para contemplar a nuestro Patrón una vez más, para que podamos empaparnos juntos de todos los matices que su imagen nos pueda evocar.

Me detengo en primer lugar en Su **pie desnudo y herido**. El pie que semana tras semana recibe el beso de los manzanareños como muestra de amor y respeto hacia su Patrón. Se me agolpan entonces las vivencias que en torno a Nuestro Padre Jesús han ido repitiéndose cadenciosamente a lo largo de los años.

¿Cuántas veces habré cantado Su himno en la función, afinado y con metrónomo, arriba en el coro, o con la voz entrecortada de emoción, abajo, perdido entre los bancos?

¿Cuántas veces habré esperado vestido de terciopelo morado bajo la imponente torre de la Iglesia, intuyendo cómo se aproximaba la imagen a medida que se agudizaba el chirriar de la carroza?

¿Cuántas veces mi padre me habrá cambiado el farol en el último minuto antes de comenzar a andar en la procesión para ofrecerme el que tiene la vela más larga y evitarme así la preocupación de mantenerla encendida?

¿Cuántas veces habré preparado los cuadernos antaño o las tizas hogaño el mismo día 14 de Septiembre al volver a casa para comenzar un nuevo curso al día siguiente?

¿Cuántas veces habré escudriñado el cielo el Viernes Santo de madrugada con la esperanza de contemplar claramente la constelación de Casiopea y desvanecer así el temor de que empiece a llover momentos antes de salir la procesión?

¿Cuántas veces me habré topado con una estampa de tal o cual año entre las páginas de una novela o en el bolsillo de alguna chaqueta olvidada?

Estos son algunos de mis recuerdos, teñidos sin duda por mis gustos y aficiones, pero que no distarán mucho de lo que todos ustedes habrán vivido o soñado. Porque para muchos de nosotros la base de nuestra fe parte de la experiencia de haber podido sentir muy cercana la presencia de Nuestro Padre Jesús del Perdón. Tan cercana que tocar y besar su imagen siempre nos ha reconfortado. Personalmente nunca



me sentaría en el banco de los que al adorar la imagen se quedan en el mero trozo de madera, pero no dudo al afirmar que la veneración de la imagen de nuestro Patrón es un acto de piedad, un acto de devoción que nos es propio y que debemos y queremos mantener.

Cada vez que nos dirijamos a Él, a Nuestro Padre Jesús, procuremos no olvidarnos de la importancia que para un cristiano tiene llamarle NUESTRO y llamarle PADRE.

Cuando le decimos NUESTRO estamos reconociendo explícitamente en los demás su condición de hijos de Dios e implícitamente manifestamos nuestro deseo de vivir en comunión con la Iglesia. Con esa Iglesia pecadora, imperfecta y dividida. Pero en esencia, con esa Iglesia arrepentida que nos ofrece la posibilidad de conocer a Cristo, con esa Iglesia llena de virtudes que nos invita a saborear lo divino desde lo humano, con esa Iglesia que como un solo cuerpo nos hace salvar el abismo histórico que nos separa de Jesús.

Y cuando le llamamos PADRE consentimos participar en una relación filial, con todas las condiciones que esto conlleva: Un hijo confía en su Padre, un hijo habla con su Padre, un hijo imita a su Padre, un hijo obedece a su Padre... y lo que es más importante, ama a su Padre, y por tanto no puede reducir su relación a un puñado de contactos dispersos por la vida.

Continuando con mi recorrido, con nuestro recorrido, por la imagen de Nuestro Padre Jesús del Perdón me tropiezo con el **fajín impregnado de guerra** que hace más de dos siglos ciñera a aquel Jesús del Perdón el célebre general francés Sebastiani bajo la atenta mirada de un pueblo de Manzanares aterrizado y arrepentido. Una historia mil veces contada, de la que, al no existir documentos escritos, nos debemos encargar de transmitir fielmente generación tras generación. Hemos recibido una visión caleidoscópica de aquellos hechos acaecidos el Viernes Santo 29 de marzo de 1809 y no por ello carente de rigor. El mismo Jesucristo confirió una importancia vital a la tradición y a la transmisión oral al hacer descansar toda su experiencia de vida terrenal sobre un grupo de seguidores apasionados.

El episodio del encuentro del párroco Sotomayor con el general Sebastiani no supone más que el ecuator de la historia de una hermandad que ha vertebrado la vida de las gentes de Manzanares. Me llaman especialmente la atención algunos de los artículos de las ordenanzas con las que arrancaba formalmente la cofradía de Jesús Nazareno con la Cruz a cuestras en 1690: *"Cada hermano debía tener una túnica morada y tenía que asistir a procesiones; la falta de asistencia a la procesión de Jueves Santo se sancionaba con media libra de cera (salvo que el hermano estuviera enfermo o preso)".* Es cierto que esta obligación se perdió no muchos años después y que sería impensable poder aplicarla hoy en día. Pero no es menos cierto que si los hermanos de nuestra querida cofradía no salimos en

procesión algún año acompañando a Nuestro Padre Jesús del Perdón es porque nos encontramos enfermos de pereza o presos de algún placer esporádico. Estaríamos por tanto exentos de la multa, pero nunca de la desazón que produce el deber incumplido.

Una de las ocasiones en las que les confieso no haber salido en procesión fue precisamente la madrugada del Jueves al Viernes Santo del año en que se celebraba el bicentenario de la petición de perdón del pueblo de Manzanares a las tropas francesas.

Aquel 10 de Abril de 2009 me encontraba de viaje en Egipto y recuerdo con emoción el momento en que recibí la llamada de teléfono de mi madre para que pudiera escuchar, al tiempo que surcábamos las tranquilas aguas del Nilo, el himno a Nuestro Padre Jesús cantado por el pueblo sobre las voces de mi coro en el acto conmemorativo en la explanada del Cristo de las Agonías.

Pasado medio siglo del nacimiento de la Hermandad, en 1742, se abre ilimitadamente el número de cofrades que en 1690 se había establecido exactamente en 72 hermanos. La reducida cofradía derivó entonces en una multitud de devotos que a duras penas podían cumplir las estrictas exigencias originales, deteriorándose notablemente el espíritu inicial de hermanamiento. Retomemos al menos este espíritu original, no permitiendo que en ocasiones sólo nos ocupemos de nuestros hermanos para prenderles la vela del farol. Extendamos este gesto y demos constantemente luz, testimonio de vida cristiana. Lo demás, sin lugar a dudas, vendrá por añadidura.

Son más de tres siglos de historia, repletos de luces y de sombras, pero con un pueblo volcado en todo momento. Un pueblo testigo que no sabía ni quería disimular los tan dispares sentimientos que experimentaba: La impotencia ante la prohibición de trasladar la imagen en procesión desde su ermita a la Párrquia en 1933, la rabia tras la quema de la imagen la fatídica noche del 21 de julio de 1936, el gozo con la llegada de la nueva imagen el 29 de agosto de 1942, la satisfacción por el nombramiento de Alcalde honorario aquel junio de 1957 o el orgullo al ceder el fajín que regaló Sebastiani a la Imagen de Nuestro Padre Jesús del Perdón para ser expuesta en Cádiz por las celebraciones este mismo año del bicentenario de la Constitución de 1812.

Nuestro fajín ha podido admirarse en el Museo "Casa Pinillos" de la ciudad andaluza del 22 de noviembre al 29 de enero de 2012, una vez que expertos de la Fundación Napoleón de París, del Ministerio de Defensa y de la comisión organizadora de la exposición habían llegado a una conclusión sobre la autenticidad de la prenda: Realmente se trata de un fajín acorde con las características de los usados por los generales franceses en aquella época.

No podríamos continuar recorriendo la imagen sin reparar en los **ojos vidriosos por el llanto** de un Dios

hecho Hombre. De un Dios abatido que trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre (Concilio Vaticano II). De un Dios en el que buscó sediento el sentido de la vida. Parece que al clavar mis ojos en los suyos le demando hasta insolentemente una respuesta definitiva que me asegure que no estoy hipotecando mi vida en una quimera.

Crear en el Hijo de Dios vivo constituye un desafío para una mente racional y no he pretendido en ningún momento ponerle una venda a la razón, sino dejarla caminar de la mano de la fe recibida en el exhaustivo proceso de la búsqueda de la Verdad y de la finalidad de nuestra existencia. Y a pesar de que Jesucristo me desconcierta y alborota mi racionalidad, el Misterio Divino me atrapa y me proporciona la respuesta firme y eterna que andaba buscando.

Crear por tanto no es racional, pero sí es razonable. Y hay lugares donde se siente la presencia de Dios como más cercana, como más evidente... donde creer es más fácil. Esta experiencia tan personal es la que sentimos los manzanareños cuando cruzamos el umbral de la ermita de Nuestro Padre Jesús del Perdón. Cada vez que lo hacemos nos reafirmamos en la creencia de que a pesar de que no es más sencilla la vida creyendo en Cristo, es absolutamente plena.

El sosiego interior que nos proporciona la certeza de un Dios vivo que nos ama y nos acompaña no es alcanzable a través de ningún seductor atajo. Pero para ello debemos permitir a Jesús del Perdón que se convierta no en una red esporádica para frenar súbitamente nuestras caídas, sino en el bajo continuo que soporta la línea melismática de nuestra vida.

Descubro una vez más las **afiladas espinas de la corona** y no soy capaz de imaginar siquiera el sufrimiento que Jesús debió de soportar ni la humillación que consintió como Hijo del hombre. Y a pesar de todo perdonó. Nos perdonó una última y definitiva vez como lo había estado proclamando con el convencimiento de quien perdona por amor a Dios.

Perdonar es cancelar una deuda pendiente y si no se hace, la deuda se engrancia y, al igual que ocurre etimológicamente, deriva en rencor. Cristo nos enseñó a perdonar y en demasiadas ocasiones hacemos oídos sordos justificándonos de mil y una maneras para mantener los rescoldos de la deuda encendidos por demasiado tiempo. Es más, el perdón cristiano nos propone además amar a quien nos ha ofendido, ofreciendo misericordia ante el arrepentimiento.

Y en la otra cara de la misma moneda, indisolublemente unidas, nos encontramos con la experiencia de ser nosotros los que debemos pedir perdón. Siempre alerta, será nuestra propia conciencia la que nos advertirá de la necesidad de suplicar el perdón a quien hayamos ofendido y por tanto al mismo Dios. No tomemos sin embargo el hecho de pedir perdón como excusa para no reparar el daño cometido, sino

que, muy al contrario, debemos restaurar primero los añicos para que el perdón sea sincero y duradero.

Ser cristiano no es en modo alguno no pecar y vivir encorsetado en los mandamientos. Ser cristiano es amar y perdonar. Porque todos nosotros, hombres y mujeres, somos imperfectos y nuestros actos no nos hacen merecedores del Amor infinito de Dios. Es el propio perdón de Dios el que nos proporciona la fuerza para sobreponernos a las equivocaciones y comenzar de nuevo una y otra vez.

Capta ahora mi atención la **cruz de madera áspera y astillada**. Nuestro Padre Jesús carga con la cruz que los cristianos hemos adoptado como símbolo y cuya exaltación celebramos cada 14 de Septiembre. En la cruz tenemos depositada nuestra esperanza y, lejos de reducirla a la imagen de un Jesucristo fracasado y vencido por la muerte, nos agarramos a ella para proclamar la victoria de un Jesucristo resucitado que permanece entre nosotros. De un Jesús vivo que continúa sonriendo de la misma manera que lo hacía cuando cautivaba a las muchedumbres sobre la playa. Del mismo galileo que reía al multiplicar panes y peces y al calmar los vientos y los mares. Y bromeaba con los niños yendo de aquí para allá y con publicanos y pecadores compartiendo vino y mesa. Y encandilaba a las masas regalando luz a ciegos y voz a mudos. Todo sonriendo y haciendo sonreír.

Queda patente que nos dejó motivos más que suficientes para reír y para festejar. Dejémonos salpicar por el entusiasmo del pueblo de Manzanares a su Patrón y celebremos un año más la fiesta de la exaltación de la cruz. Volvamos a buscar nuestro sitio en la Parroquia para participar de la novena con la misma entrega con que lo hacían nuestros mayores.

Y acompañemos por enésima vez a la imagen de Nuestro Padre Jesús en su recorrido por las calles de Manzanares. Al procesionar delante de nuestras casas Jesús puede comprobar en persona todo aquello que le hemos confiado los manzanareños viernes tras viernes. Abandonando la explosión de la plaza rebozante de fieles, se cuela discretamente en una calle del Carmen en la que ya lo espera su pueblo dispuesto en una hilera interminable bajo su mirada y en un reguero disperso a su espalda. Al enfilarse la calle de las Monjas, el bullicio queda ya lejos y sólo la piedra y la cal sirven de telón de fondo a la imagen que no cesa de mirar con compasión. Poco después irrumpe el repiqueteo de las campanas y desemboca en el pradillo donde lo aguarda un silencio sólo roto por las notas del clarinete.

La calle de la Virgen se abre inmensa y la gente ocupa sus sillas, las de siempre, para acompañarlo con la mirada hasta que se pierda al volver la esquina de la Parroquia de Altagracia y se disponga entonces a afrontar la última etapa por la calle de la Virgen de la Paz.

Las filas sobre las aceras, que ya venían mermadas,

vuelven a nutrirse cuando retoma el tramo definitivo que le llevará a recogerse de nuevo tras haber convocado a su paso a los hombres y mujeres de Manzanares.

Habremos de esperar medio año más, un otoño con su invierno, para volver a ver a nuestro Patrón caminar por delante de nuestras casas, ahora en la madrugada de Jueves a Viernes Santo. Rescataremos entonces las túnicas de los baúles. Las moradas, sin adornos, y las blancas cubiertas de verde esperanza.

Todavía recuerdo la ilusión con que las mujeres de mi familia materna decidieron hacerse ellas mismas las túnicas para acompañar a nuestra Virgen tras haber visto al puñado de hermanas que lo hicieron aquel primer año. Recuerdo cómo las expertas manos de mi abuela y de mi madre marcaban las telas blancas, cortaban los rasos verdes y cosían las cenefas doradas para llegar a tiempo a engrosar aquellas tímidas filas. Y recuerdo cómo ya salíamos en procesión desde el patio de la casa de vecinos casi una docena de nazarenos y cómo al cabo de las horas nos volvíamos a reencontrar tras la procesión, siempre en la misma esquina, para de vuelta a casa irnos contando a quién se le había apagado antes el farol o quién había terminado viendo por las pequeñas aberturas tan sólo a duras penas.

Me resulta especialmente sencillo recordar estos momentos porque aún se siguen avivando cada Semana Santa y porque, junto con otras muchas imágenes de mi infancia, me gusta rememorar con frecuencia, haciendo gala del verdadero origen latino del vocablo recordar, esto es, re-cordis, volver a pasar por el corazón.

Hemos llegado al final de nuestro recorrido. Nos hemos detenido una vez más a contemplar la imagen de Nuestro Padre Jesús del Perdón haciendo presente lo pasado y lo futuro. Como en cada ocasión que nos postramos ante la imagen de Nuestro Padre, somos lo que somos y le damos gracias por ello, no podemos dejar de ser lo que hemos sido y debemos pedir perdón por lo ya pasado y a la vez somos ya lo que seremos y le pedimos con fervor sobre nuestros deseos.

Permítanme que llegados a este punto les proponga una manera distinta de contemplar a Nuestro Patrón. Les sugiero mantener en la retina una imagen de esperanza, una visión alentadora que sustituya la imagen del Cristo humillado por la del Cristo resucitado y eterno. ¿Por qué no descubrir en el pie desnudo y herido un pie firme e incansable para predicar la buena Nueva? ¿Por qué no reconocer en el fajín impregnado de guerra la prenda de la misericordia y el hermanamiento? ¿Por qué no profundizar tras los ojos vidriosos por el llanto hasta llegar a un penetrante brillo en la mirada? ¿Por qué no arrancar las afiladas espinas de la corona y prenderla con piedras preciosas?

¿Y por qué no convertir la cruz de madera áspera y astillada en soporte para levantarnos una y otra vez

de nuestras caídas?

Con esta imagen presente, no me importaría perder los papeles, tanto en el sentido literal como en el figurado, para anunciarles con toda la alegría y la emoción que sea capaz de transmitir únicamente a través de mi voz y la palabra el inicio de las fiestas patronales en honor a Nuestro Padre Jesús del Perdón.

Les invito a celebrar nuestra fe, a participar del alborozo de un pueblo en fiestas, a recorrer las calles engalanadas, a acoger a los que vienen de lejos para convivir con los que a diario disfrutamos de esta tierra.

Procuremos, como ya hizo Jesús, aportar a todos aquellos que nos rodean argumentos para la sonrisa, de 14 a 14 de Septiembre; antes, durante y pasadas las fiestas patronales que nos disponemos a vivir con intensidad.

Sean todos pues bienvenidos a participar del gozo de un Manzanares que, agradecido, vuelve a rendir su particular homenaje a Nuestro Padre Jesús del Perdón.

Muchas gracias y muy buenas noches.

